

ABERRI EGUNA 2018

ELA
EUSKAL SINDIKATUA

Aberri Eguna · 2018

En este Aberri Eguna ELA reivindica el valor de las luchas sindicales y sociales para construir una nación soberana, euskaldun, basada en la equidad de género y el reconocimientos de todos los derechos para todas las personas. Frente a los discursos que dan por amortizadas esas luchas, y frente a quienes las consideran un estorbo para el progreso, ELA considera que el sindicalismo es un instrumento esencial de resistencia, al tiempo que un factor de democratización y justicia. Las luchas que hemos liderado a lo largo del último año –la mayor parte de ellas con resultado exitoso– y la saña con que empresas y administraciones las han combatido, nos reafirman en una convicción muy sentida: que el sindicalismo sigue siendo una herramienta útil frente a este sistema económico y social contrario a nuestras aspiraciones nacionales y de clase.

En esta celebración, por su relevancia para nuestro futuro, resulta obligada la referencia a Cataluña. El pasado 1 de octubre el movimiento independentista protagonizó una jornada histórica y obtuvo una victoria moral y política frente a la negación, la represión y la imposición. Por si los ataques previos a la consulta no hubiesen sido suficientes, sólo dos días después del referéndum, el Rey de España decretó el alineamiento de todos los poderes (reales y fácticos) para imponer por la fuerza el único principio constitucional en el que creen y defienden: la unidad de España. A ese principio se subordinan el resto de preceptos, lo que se traduce en un quebranto de derechos y libertades fundamentales. Las consecuencias son conocidas por todos y todas: encarcelamientos, suspensión de la autonomía, personas huidas, etc. El último episodio en su estrategia de descabezar a las fuerzas independentistas ha sido la detención del president Puigdemont en Alemania. Un auténtico drama en términos políticos y humanos con el silencio cómplice de la Unión Europea.

Urge sacar conclusiones de lo sucedido. La enseñanza más importante es que la bilateralidad entre desiguales no existe. Ya lo dijo hace años el general Armada cuando señaló que el golpe de estado de 1981 no había fracasado. Quería recordar con ello que allí se establecieron tácitamente los auténticos límites del desarrollo autonómico, igual y uniforme para todas las regiones del Estado. Por eso, cualquier intento de revisar al alza el nivel de autogobierno o de reclamar el reconocimiento nacional les resulta intolerable. Sucedió con la propuesta de nuevo estatuto político defendida por Ibarretxe y ha sucedido ahora en Cataluña. Y a partir de ahí, lo que hay es una única unilateralidad, la del Estado, que se impone mediante la fuerza en Cataluña y en Euskal Herria.

En este contexto tan duro e involutivo, necesitamos apuntar estrategias practicables, atractivas y potencialmente ganadoras. Y el centro de esa estrategia son las personas. Por eso creemos que lo más urgente es dar sentido al momento presente, prepararnos para una lucha que va a ser larga y marcar líneas de trabajo que se entiendan, que motiven e ilusionen a quienes quieren comprometerse.

Dar horizonte exige antes que nada calificar adecuadamente el momento presente, y describir sin tapujos la fase política y la posición de los principales actores. En este sentido consideramos que las principales fuerzas políticas vascas, y especialmente las instituciones de Gobierno, tanto de Gasteiz como de Nafarroa, no están ayudando a que la ciudadanía tome conciencia del deterioro progresivo que sufre nuestro autogobierno y la propia democracia. Más allá de la sempiterna alusión a las competencias no transferidas, se está cubriendo con un velo de desinformación la manera en que el estado

está desgastando nuestra potestad política: se recurren las leyes aprobadas por los parlamentos; muchas competencias transferidas son erosionadas o revisadas a posteriori por el Tribunal Constitucional o por Leyes básicas; otras competencias son asumidas bajo condiciones políticas impuestas para su desarrollo; otras erosiones del autogobierno se hacen de manera pactada con el estado, como por ejemplo la llamada Regla de gasto o la Ley de estabilidad presupuestaria; y relacionada con estas, deberíamos hablar también de la devaluación del propio Concierto y del Convenio económico cuyas potencialidades están secuestradas de manera, eso sí, “concertada”.

Pues bien, creemos que un proceso soberanista pasa por que la ciudadanía sea consciente del alcance de la erosión de ese autogobierno y más en concreto del artículo 155 que lleva de facto muchos años ya en vigor. Una erosión que tiene además un objeto, que es la aplicación sistemática del recetario económico y social más neoliberal tras el golpe constitucional que supuso la modificación del artículo 135 de esa norma.

ELA manifiesta igualmente su preocupación por la decisión del Gobierno de Gasteiz y del Partido Nacionalista Vasco de mantener, contra viento y marea, su alianza con las fuerzas que sustentan el pacto de estado uniformizador. Partido Socialista y Partido Popular –el primero socio de gobierno y el segundo aliado– son directa o indirectamente responsables de cuestiones que preocupan sobremanera al universo abertzale como, por ejemplo, la aplicación del artículo 155 y la suspensión de la autonomía catalana, el encarcelamiento de personas con acusaciones inauditas, el alejamiento y aplicación generalizada e injusta del primer grado penitenciario a los presos y presas vascas (hemos asistido al fallecimiento de uno de ellos, Xabier Rey, recientemente), o las detenciones arbitrarias de responsables políticos como las realizadas la semana pasada... Mención expresa merece lo que está sucediendo con la política lingüística –elemento central del repertorio argumentativo que el españolismo usa para su pugna interna. El cuestionamiento del modelo educativo de inmersión en Cataluña tampoco presagia nada bueno para nuestra lengua. O lo que está sucediendo con el informe sobre las torturas realizado por el doctor Etxeberria... Pues bien, nada de todo ello condiciona la acción de Gobierno vasco y del PNV. Antes al contrario, la alianza PNV-PP-PSOE apuntala las políticas antisociales, un programa de recortes y la oposición al sindicalismo combativo que ELA representa. En ese contexto, el discurso de la bilateralidad con el estado no es sino el ardid retórico que da lustre al acomodo virtual en esa España en pura involución.

En relación con esas políticas antisociales y antidemocráticas, ELA cree igualmente que urge que la izquierda en su conjunto llame a las cosas por su nombre, caracterizar las políticas que se imponen y proponer alternativas. No hay izquierda social y política sin la debida pedagogía y sin una dialéctica comprometida con el sindicalismo y los movimientos sociales. Y en este sentido, nos resulta cada vez más difícil de entender la constante referencia que desde EH-Bildu y algunos movimientos sociales están realizando al Partido Nacionalista Vasco para confluir en un Pacto de país por la defensa del derecho a decidir. Es como si la política de alianzas de los jeltzales no resultase suficientemente clarificadora a este respecto, como si la realidad no existiera o no debiera tenerse en cuenta para el análisis y la definición de la estrategia.

Para ELA, esta oferta permanente de un pacto constituye un grave error. En primer lugar, porque de manera reiterada los propios dirigentes del PNV niegan que su estrategia sea la suma soberanista. En segundo lugar, porque ejerce una pedagogía engañosa en la medida en que homologa al nacionalismo institucional como una fuerza efectivamente soberanista. En tercer lugar, porque impide caracterizar el carácter neoliberal y antisocial de las políticas que los Gobiernos de Gasteiz y los forales lideran. En cuarto lugar, porque remite el problema de la estrategia soberanista a un eventual pacto de élites, como si la

cuestión a resolver fuese poner de acuerdo a las direcciones de los partidos. Y por último, porque banaliza la dificultad del reto. Si algo se ha puesto de manifiesto en Cataluña es que los parlamentos no son suficientes para sostener por sí solos el proceso soberanista. Hace falta gente, mucha gente identificada con ese proceso.

ELA no comparte este empeñamiento en un Pacto de país que además no está condicionado a un programa de progreso. La resultante es la relativización de lo social, el no cuestionamiento de las políticas de fondo y el desprecio de las alianzas con movimientos sociales y el sindicalismo reivindicativo. Por otra parte, lo que ha sucedido en el Parlamento de Gasteiz con el acuerdo Negociación Colectiva (olvidando que el Gobierno es el principal patrón del país) o con el acuerdo sobre la Brecha salarial (despolitizando el problema y convocando al sindicalismo y a la patronal a una mesa de diálogo social que se sabe inútil) son iniciativas incomprensibles salvo que lo que se busque sea una simple homologación institucional.

Esta convocatoria de la izquierda a un eventual Pacto de país adquiere tintes propios en Navarra a través de otro artificio que alimenta igualmente una mala pedagogía. Porque una cosa es que echar de las instituciones al llamado navarrismo fuese una necesidad incuestionable –más aún si tenemos en cuenta su perfil antivasco y antiabertzale– y otra cosa es identificar la acción de gobierno con el cambio político y social al que se aspira. Se han hecho cosas, pero el cambio social y político está por hacer.

Decíamos que el principal capital político de un proceso por la soberanía es la gente, y que necesitamos mucha más gente: personas empoderadas que defienden su derecho a ser consultadas y a que su decisión sea tenida en cuenta. Somos conscientes, si fuera cierta la apuesta, de que la amplia mayoría que el nacionalismo vasco cosecha en el parlamento de Gasteiz constituye un activo a tener en cuenta. Pero si algo deja claro el proceso catalán es que la soberanía sólo es potencialmente alcanzable si el conjunto de las clases populares concluyen que su suerte va de la mano del proceso soberanista. Dicho de otra manera: sólo si las políticas de autogobierno se ponen al servicio de las clases populares el movimiento soberanista concitará en el futuro las fuerzas suficientes para quebrar la política uniformizadora del estado. Esta lectura la han hecho igualmente no pocas fuerzas de izquierda tras el 1 de octubre en Cataluña.

Del proceso catalán hemos aprendido igualmente la manera en que el gran capital y empresas emblemáticas se han deslocalizado reforzando la estrategia del estado. Esta realidad tampoco ha impedido que el Diputado general Rementería se postre ante ellas en Madrid diciéndoles que ha cumplido sus deberes imponiendo la fiscalidad que le reclamaban, o que el propio Lehendakari se haga su “foto de familia” con las empresas del Ibex-35. Creemos que lo sucedido en Cataluña con esas corporaciones debería contribuir a abonar un propósito muy concreto: por razones ecológicas, climáticas y sociales, y también por aspiraciones nacionales, nos urge construir instrumentos (financieros, cooperativos, alimentarios, empresariales, energéticos...) comprometidos con la tierra y con la justicia social. Nos referimos a experiencias concretas, como la del Eusko en Iparralde, y otras muchas. Hablamos en definitiva de recrear los instrumentos que el capitalismo, durante décadas, nos ha robado y ponerlos en manos de la sociedad. De otra manera, estaremos sometidos al permanente chantaje de las fuerzas económicas que también defienden el estatus quo.

Un proceso soberanista social y unilateral como el que ELA defiende exige establecer sólidas referencias ideológicas y políticas de izquierda, de clase y feministas, aún más ante el avance de la extrema derecha en todo el continente. Queremos destacar en este sentido el valor político de la huelga feminista del pasado 8 de marzo. Fue un día histórico

en el que las mujeres dejamos claro que este sistema no funciona sin nuestra aportación. Nos preocupa que el capital político de esta huelga sin precedentes pueda ser desactivado o acaparado por el propio sistema. Es el momento de concretar la agenda política, las reivindicaciones concretas y los siguientes pasos a dar, desde un feminismo autónomo y anticapitalista, que incorpore la perspectiva de clase.

Las masivas manifestaciones de las y los pensionistas están siendo asimismo otro ejemplo de lucha social ejemplar, que apoyamos decididamente. Consideramos que también en este caso urge concretar las reivindicaciones y marcar las trincheras de un discurso auténticamente alternativo y solidario: un discurso de izquierda. Tanto la lucha feminista que se está desarrollando, como las movilizaciones de los pensionistas están mostrando la potencialidad de la lucha e interpelación social para condicionar e incidir en la lucha política.

Otro año más queremos poner como ejemplo el trabajo que vienen realizando los abertzales en Iparralde, en muchos casos en colaboración con militantes y fuerzas de ámbito francés. Lo que sucedió con el desarme el pasado abril y posteriormente el trabajo en relación con las y los presos –que se está saldando con cambios sustanciales en la política penitenciaria– revelan que es posible realizar un trabajo compartido, con objetivos concretos y que, a diferencia de Hegoalde, se traba desde la confianza mutua entre organizaciones sociales, fuerzas políticas y electos y cargos institucionales. Cabe destacar en este sentido la audacia y la amplitud de miras del lehendakari Etxegaray, haciendo suya una agenda de paz y de desarrollo institucional, basada, entre otras cosas, en el reconocimiento y la colaboración con el movimiento social.

El sindicalismo conecta con aspiraciones concretas y sentidas por los trabajadores y trabajadoras. Y debe seguir haciéndolo. Nuestro proyecto abertzale encuentra en ese suelo de necesidades objetivas y sentidas el lugar privilegiado para proponer un proyecto nacional atractivo y alcanzable. A menudo tenemos la impresión de que cuesta a las fuerzas políticas y movimientos sociales dar centralidad a las cuestiones sociales y sindicales para impulsar el proceso nacional.

Por otro lado, somos conscientes de que la credibilidad de la apuesta soberanista del sindicalismo abertzale también se juega en su capacidad de conformar espacios de colaboración no contaminados por la lógica competitiva para responder a un mundo del trabajo precarizado. Con todo, ELA considera que está formulando honestamente las condiciones materiales y prácticas en que debe sustentarse una alianza sindical capaz de enfrentar esa precariedad laboral y social. En un escenario de precarización creciente, lo único posible y digno es identificar y fortalecer ámbitos de lucha, de conflicto y de huelgas. Deben ponerse los medios para que esto sea posible. Tras los años de la crisis, sentimos además que se están activando muchas luchas, sociales y laborales. En el mundo del trabajo, de manera creciente, se está tomando conciencia de que el ciclo económico cambia y que es nuestra hora, la hora de los y las trabajadoras. El sindicalismo no puede faltar a esta cita. No al menos ELA.

En Euskal Herria, marzo de 2018

Gora Euskal Herria askatuta! Gora Euskal Langileria!